



**MISTERIO
FRENTE
AL MAR**

David Sal

Misterio frente al mar

Por: David Sal

Copyright © 2014 David Sal

davidsal@gmail.com

www.facebook.com/David.Sal.dss

davidsal.wix.com/davidsal

amazon.com/author/davidsal

Foto portada: © Artesiawells | Dreamstime.com

Derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

La presente novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos en él descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Para mi reina y mi princesa.

Tabla de contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

Capítulo 1

Otra hermosa noche transcurrió frente a sus ojos y, como de costumbre, para Lorenzo fue la mejor noche de la historia. Desde su punto de vista, todo se encontraba en su sitio: el cielo estaba espectacularmente estrellado y las olas susurraban con su rítmico vaivén; mientras él consumía cada segundo desde el balcón de su casa frente al mar. No se imaginó que, no muy lejos de allí, se desarrollaban eventos que cambiarían su vida para siempre. En efecto, fue una noche histórica, pero no como él hubiese deseado.

Vestido con pantalón corto y camiseta, pasó las últimas horas del día acompañado sólo por sus pensamientos. Pensamientos negativos, seguidos por pensamientos positivos para contrarrestarlos. Llevaba meses en su casa sin mover un dedo. Desde que dejó su empleo, ni siquiera había hecho un intento genuino por conseguir otro. El miedo lo había paralizado. Miedo a fallar. Miedo a que otra vida se afectara por su culpa.

Una consecuencia directa de su inacción fue ver cómo se convertía en el amo de casa del hogar, mientras que su esposa, Doris, pasaba a ser la proveedora del sustento familiar. Aunque sabía que no tenía por qué avergonzarse de eso, muy en lo profundo le atormentaba. Un varón de 32 años se considera que está al pico de su productividad y él, sin embargo, se la había pasado los últimos meses metido en la casa o paseándose por la playa. No necesariamente la imagen viva de un ciudadano productivo.

Encima de eso, había estado percibiendo que los punzantes comentarios e indirectas que Doris le dirigía diariamente iban cargados con cierta malicia y que tenían el único objetivo de lastimar su maltrecho orgullo. «¿Cómo te fue buscando trabajo? Hay trabajo para el que quiere. No puedes ser exigente», comentaba ella con frecuencia.

Lorenzo entendía que eran observaciones hasta cierto punto válidas, pero simplemente no se sentía listo. Las visitas al psicólogo le habían ayudado algo, pero en ocasiones le hicieron sentir como mercancía defectuosa, dañada. Hubo veces en que salió de una consulta sintiéndose peor de lo que había entrado.

Al menos tenía su casa frente al mar. No era una mansión. Era una simple casa de tres cuartos, un baño, cocina y sala, construida en hormigón sobre columnas. Diseño que permitía utilizar los bajos como estacionamiento o para entretener invitados. La estructura era básica, pero funcional. ¡Ah, y el balcón! ¡Cuánto disfrutaba de observar el mar desde allí, sentir la brisa con olor a salitre y extender su vista hasta el horizonte! Todo lo demás le parecía tan pequeño. Su mente se aclaraba y relajaba con cada sesión. Esa era la terapia que Lorenzo estimaba le hacía el mayor bien.

Eso y la comida. Lorenzo nunca hubiera recurrido a las bebidas alcohólicas para olvidar sus problemas. Siempre le hicieron daño al contacto. Dolor de cabeza, malestar. «¿Para qué añadir dolor a la pena?», razonaba cuando se encontraba ante el ofrecimiento de algún bienintencionado. Pero la comida era otro cantar. Y ya podía ver el resultado en su peso. Pero, ¿cómo dejar pasar el placer de un sabroso postre que levantaba su espíritu? Era consciente de los ajustes que tenía que hacer en ese departamento, pero en esos momentos se encontraban muy abajo en sus prioridades, o más bien, en el fondo de su larga lista de cosas por cambiar o arreglar.

Marcaron más de las diez de la noche cuando Lorenzo realizó que Doris no había llegado del trabajo todavía. Estuvo tan ensimismado en sus musas que no se había percatado de la hora. Por lo general, ella llegaba al hogar cerca de las siete de la noche. Recordó que por las últimas semanas su hora de llegada se había vuelto algo irregular. Cuando lo pensó bien, el proceder de ella también se había tornado algo extraño.

Por ejemplo, había estado haciendo llamadas telefónicas encerrada en el baño, afuera en el balcón o en los ba-

jos de la casa; cosa que nunca fue su costumbre. También se estaba pasando más tiempo pegada a las redes sociales, algo que ella había categorizado como «una tontería» no hacía tanto tiempo atrás. Ambos tenían en común el gusto por la buena comida, pero de un tiempo a esta parte ella se había cantado sin apetito en múltiples ocasiones. Comía poco o se saltaba una que otra comida. Desde que la conocía, ella siempre había mantenido un peso saludable y una figura que él seguía admirando, pero con una alimentación tan deficiente como la que había estado llevando, de seguro tendría repercusiones negativas en su salud.

Lo que Lorenzo no quiso preguntarse era si todavía ella lo amaba. Un análisis del comportamiento de Doris en los últimos meses le serviría de barómetro para contestarla. Ella se levantaba muy temprano para salir a trabajar y se marchaba sin despedirse. No llamaba durante el día. Se mostraba incómoda cuando Lorenzo la llamaba durante las horas de trabajo. «Ahora no puedo, estoy muy ocupada», era su respuesta predilecta. Cuando retornaba a la casa, sus intercambios de palabras con Lorenzo consistían en asuntos triviales y de poca importancia o a preguntas que ella contestaba con monosílabos. No cabía ninguna duda, la relación se encontraba en picada.

Pero él se negaba a pensar que ella hubiera estado comprometiendo la integridad del matrimonio. Lorenzo deseaba creer que aún existía amor en su corazón. Todavía mantenían intimidad, no con la frecuencia de antes, pero la había. A los diez años de matrimonio se debía esperar cierta disminución, ¿no? Y con los problemas que estaban confrontando, las cosas pudieran haber estado mucho peor.

«¿La llamo?», se preguntó Lorenzo mientras miraba la hora en su teléfono móvil. Lo que aparentaba ser una pregunta fácil de contestar, se tornó en un profundo análisis dado a la reacción que ella tuvo la última vez que Lorenzo la llamó porque se había retrasado. En esa ocasión Doris estalló acusándolo de no tenerle confianza y le armó una magna garata. Lorenzo no tenía ningún deseo de repetir la dosis esa noche. Él sólo quería asegurarse que todo estaba

bien. Además, ¿de qué bien le serviría llenarse de dudas y sospechas? Tampoco creía que tuviera la fuerza moral para ser exigente, cuando muy bien sabía que él mismo llevaba meses en neutro y ella estaba portando la carga económica del hogar.

Sus reflexiones fueron interrumpidas cuando el familiar sonido del automóvil de Doris se sumó a la deleitable sinfonía playera. El halo de luz producido por los focos delanteros del auto alumbró momentáneamente parte de la playa antes de volver a las tinieblas. Lorenzo entró con presteza a la sala cerrando la puerta deslizante detrás de él. Se sentó en la butaca frente al televisor (que estaba encendido) y cerró los ojos bajando levemente la cabeza, pretendiendo dar la impresión de que dormía. Tuvo curiosidad de ver cómo se comportaría ella creyendo que él se había quedado dormido viendo televisión. Aunque se sintió ridículo haciéndolo, se vendió la idea de que era necesario.

Lorenzo escuchó cuando la puerta se abrió y cerró en rápida sucesión. Seguidamente, oyó los golpes de los tacones de Doris pasando por su lado y perdiéndose a ritmo acelerado por el pasillo hasta que alcanzaron la habitación, que se encontraba al fondo. Lorenzo se enderezó y se inclinó para tratar de escuchar mejor los movimientos de ella en el cuarto. Lo próximo que oyó fue la puerta del baño cerrarse con fuerza. «No me vio cuando entró o no le importa si me despierta con el ruido», pensó.

Entonces, Lorenzo notó lo que le pareció como un quejido o gemido. «¿Estará llorando?», se cuestionó preocupado. Se puso de pie y caminó muy despacio por el pasillo, haciendo un esfuerzo especial para que sus pasos no hicieran el más mínimo ruido. Se apostó frente a la puerta del baño y le colocó su oído con mucho cuidado. Dedujo que Doris estaba llorando o muy agitada, no tuvo dudas. El ruido de la ducha no le dejó apreciarlo con más detalle, pero de seguro algo le ocurría.

Cuando se cortó el flujo de agua de la ducha, Lorenzo corrió de puntillas de regreso a la sala y se sentó nuevamente en la butaca. La puerta del baño se abrió y paso se-

guido la del cuarto se cerró. Lorenzo esperó por unos segundos hasta que no pudo esperar más; tenía que saber qué le pasaba a Doris y por qué llegó a esa hora. Y no quería saber por saber. Quería genuinamente ayudarla en lo que fuera necesario y que ella supiera que él estaba ahí para apoyarla.

La habitación se encontraba totalmente a oscuras cuando Lorenzo entró. A pesar de eso, no le resultó difícil localizar la cama situada en el centro del cuarto. Se sentó en su lado designado, el izquierdo, mientras Doris yacía acostada de lado, dándole la espalda. Buscó una reacción de ella meneando la cama un poco más de lo habitual cuando se recostó. Nada.

—Doris, ¿cómo estás? —preguntó Lorenzo en voz baja.

—Dormida —contestó ella con un tono soñoliento fingido. Lorenzo no se lo tragó.

—Pero, ¿estás bien? —preguntó él bajando la voz a nivel de secreto.

—Bien dormida —contestó ella sin moverse. Lorenzo se sentó sobre la cama para utilizar un método más directo.

—Digo, pregunto porque llegas a esta hora y tú sales a las cinco...

—Fui al cine con las muchachas —disparó ella esperando con eso terminar el interrogatorio.

—Oh, ya veo, sí. Pero no me dijiste nada, no llamaste. Quizás yo hubiera ido también —respondió Lorenzo acostándose de nuevo.

—Fue algo que surgió a última hora. La próxima vez te aviso. Disculpa —explicó Doris sin mirarlo.

—No, está bien. No te preocupes. Yo entiendo. —Lorenzo miró al techo por unos segundos—. ¿Qué película vieron?

—Lorenzo, por favor. Tengo sueño. Mañana hablamos —ripostó Doris irritada mientras trataba de acomodarse mejor.

—Fue una simple pregunta, perdona. Buenas noches —dijo resignado.

Ahora Lorenzo estaba seguro, definitivamente algo le pasaba. Pero quizás lo mejor era dejarla por el momento. En la mañana, con la cabeza más serena, de seguro podría sacárselo, o ella se lo diría voluntariamente, o quizás a él ya no le importaría y se seguirían distanciando. Pero algo obligó a Lorenzo a romper de nuevo el silencio nocturno.

—Oye...

—Lorenzo, por favor —gruñó ella mortificada.

—¿Oíste eso?

—¿Tú molestando? Sí.

—No, un ruido. Como si fueran pasos —añadió Lorenzo moviendo sus ojos de lado a lado mientras se sentaba sobre la cama.

—Será el gato —sugirió Doris minimizando el asunto.

—No tenemos gato.

—Será el vecino entonces, duérmete ya.

—Tampoco tenemos vecino —aclaró Lorenzo al tiempo que otro ruido más fuerte y evidente que los primeros sentó a Doris también.

—Ok, ya lo oí —dijo Doris con los ojos bien abiertos y la frente bien arrugada.

Lorenzo se esforzó por ignorar las señales que su sistema nervioso transmitían por su cuerpo y salió de la cama para asomarse lentamente por la ventana. Movié la cortina y trató de girar el operador de las persianas de aluminio con cuidado de no hacer ruido y prevenir al posible intruso. Las abrió lo suficiente como para distinguir un rayo de luz parecido al de una linterna y la sombra inconfundible de una persona en movimiento.

—Definitivamente no es un gato —informó Lorenzo mientras metía sus pies en sus chancletas. Doris se alarmó cuando lo vio dirigirse hacia la puerta.

—Lorenzo, no salgas. No te hagas el héroe. Mejor llamamos a la policía —suplicó Doris sin abandonar su lugar.

—Es que... dejé el teléfono en la cocina. Pero, gracias —le respondió Lorenzo, sintiendo cierto alivio dentro

de la situación cuando notó a Doris preocupada por su bienestar.

Abandonó el cuarto cerrando la puerta con cuidado y a paso lento cruzó el pasillo hasta llegar a la cocina. Desde allí, Lorenzo pudo apreciar mejor las sombras que se movían sobre las ventanas y paredes, dando la impresión de que figuras fantasmagóricas invadían su privacidad. Estimó que debían ser más de uno los intrusos. Agarró su teléfono móvil, que estaba conectado a su cargador sobre el tope del gabinete y despidió el fuerte impulso que tenía de mirar por la ventana y confirmar su teoría antes de regresar a la habitación.

Doris estaba parada junto la ventana cuando Lorenzo entró de nuevo al cuarto. Lorenzo comenzó a marcar en el teléfono.

—¡Lorenzo, mira! —exclamó Doris con cuidado de no levantar la voz. Él se unió a ella mirando y escuchando por la ventana. El ensordecedor silencio de la noche playeara los envolvió por unos instantes.

—Parece que se fue. No hizo nada —dijo Doris aliviada.

—O se fue porque ya saqueó nuestros carros. Mejor llamamos a la policía de todos modos —dijo Lorenzo marcando los números en su móvil. Pero se detuvo cuando un sonido improbable hizo que ambos se miraran perplejos. Tocaron a la puerta.

—¿Será el pillo? —susurró Doris con los ojos muy abiertos.

—Eh... No creo —repuso él abriendo la puerta de la habitación—. Quédate aquí —le pidió agarrándola por ambos brazos. Doris cerró sus ojos llenando sus pulmones de aire y Lorenzo salió cerrando la puerta tras él.

Lo que comenzó como un cordial toque de puerta, se convirtió en un insistente golpeteo. Lorenzo creyó que intentaban derribarla. Pensando más en terminar con el molesto ruido que en su seguridad, abrió la puerta de un tirón, topándose con dos hombres vestidos con chaqueta, corbata y aspecto sombrío, algo que las penumbras de la

noche acentuaron. Uno de ellos era calvo en la frente, delgado y aparentaba tener unos 50 años de edad. El otro, que permaneció un poco más atrás, era más joven, cerca de 40, pero más pesado y contaba con su cabellera intacta.

—Buenas noches, ¿qué se les ofrece? —saludó Lorenzo en el tono más hospitalario posible, como si fueran las siete de la noche.

—Buenas noches, soy el detective Zayas —contestó el hombre mayor al momento que ambos mostraban sus credenciales—. Me acompaña el teniente Gómez. ¿Esta es la residencia de la familia Almeida?

«¿Policías? Pero si ni siquiera los llegué a llamar», pensó Lorenzo confundido.

—Sí, aquí es. Yo soy Lorenzo Almeida —contestó sin vacilar.

Zayas y Gómez entraron tan pronto oyeron la confirmación, dejando a Lorenzo en la puerta. Sus ojos rastrearon todo detalle y rincón de la casa.

—Buscamos a la señora Doris Almeida. ¿Se encuentra aquí? —preguntó Zayas.

—¿De qué se trata esto? ¿Qué quieren? —preguntó Lorenzo preocupado.

—Conteste la pregunta, por favor —ripostó Zayas.

—Está durmiendo —contestó Lorenzo sin detenerse a pensar que le estaba mintiendo nada menos que a la policía.

Zayas se paró frente a la puerta corrediza que salía al balcón, mirando hacia afuera. —Despiértela —ordenó.

—No será necesario —dijo Doris desde el pasillo, haciendo girar la cabeza de los tres hombres. Su rostro carecía de expresión. Nada de preocupación, nervios, sorpresa... Nada. Como una estatua.

Para Lorenzo esta fue la señal que puso a correr sus nervios de verdad. Sintió náuseas, mareo y sus piernas se aflojaron. Se trataba de un semblante de Doris totalmente nuevo para él. Y eso sólo podía significar algo: problemas... Y muy serios. Zayas fue directo al grano.

—Sra. Almeida, ¿estuvo usted esta noche a eso de las nueve en la residencia del señor Armando Pedroza?

Doris abrió la boca tomando aire para soltar una palabra que no salió. Sus ojos le dirigieron una mirada a Lorenzo, quien no lograba encontrarle sentido a la pregunta. Armando Pedroza era el sexagenario dueño y presidente de la compañía de servicios financieros para la cual ella trabajaba.

Doris no contestaba y Lorenzo salió en su rescate.

—Doris, esto es ridículo, no contestes. Tiene que haber...

—Estuve... en el cine —declaró finalmente Doris, interrumpiendo a su esposo.

—Parece que hay tres o cuatro testigos que dicen lo contrario —dijo Gómez consultando una libreta de notas.

—¿Testigos? ¿Pero, qué es esto? —demandó Lorenzo perdiendo su compostura.

Doris respiraba por la boca, levantando su pecho una y otra vez sin ritmo definido. Se le escapó una breve mirada a Lorenzo, entonces a Zayas.

—Sí, estuve allí —confesó ella. La quijada de Lorenzo se cayó abruptamente. Doris le había mentado en la cara. Comenzó a sentir que en realidad su matrimonio no se estaba derrumbando sino que ya no existía.

—Muy bien, Sra. Almeida, debo pedirle que nos acompañe al cuartel —solicitó Zayas con formalidad.

—¿Al cuartel? ¿Para qué? —indagó Lorenzo desconcertado.

—Para interrogarla con relación al asesinato del Sr. Armando Pedroza.

—¿Qué? —gritó Doris al tiempo que Gómez se apostaba a su lado.

—Puede ir a cambiarse, por favor —instruyó Gómez.

Lorenzo quedó de una pieza y totalmente mudo. Sus pensamientos se agolparon en su cerebro sin hacer ningún sentido. No pudo organizar sus dudas y preguntas, y mucho menos expresarlas. Fue como un inesperado puñetazo en el estómago que le dejó sin aire y con mucho dolor.

—Usted puede seguirnos, si gusta. Si tiene abogado, llámelo —recomendó Zayas a un inmóvil Lorenzo.

Cuando Doris regresó cambiada de ropa, Gómez la tomó por el brazo y la dirigió hacia la salida. Algunas lágrimas hicieron acto de presencia rodando por su rostro, pero ella no produjo sonido alguno hasta que su vista se topó con la de su cónyuge.

—¿Qué está pasando Lorenzo? —fueron las últimas palabras de Doris antes de salir de su casa hacia el automóvil de los detectives. Esa fue la misma pregunta que Lorenzo se hizo una y otra vez mientras las olas castigaban con fuerza la playa y como un trueno se tragaban el silencio de la noche.